

021. ¡Pues, vaya novia!...

El Sexto Mandamiento de la Ley de Dios está formulado en la Biblia en forma negativa, es decir, prohíbe las acciones impuras: *¡No adulterarás, no fornicarás!...* Jesucristo lo reafirmó con todo vigor. Pero, más que en lo negativo, fue directamente a lo positivo: *Guarda limpio el corazón, no mires con ojos malos a una mujer, conserva pura el alma, y entonces será también casto el cuerpo...* Este es el pensamiento de Jesús, mucho más avanzado que la prohibición estricta de la antigua ley. El Sexto Mandamiento ha sido siempre el mandamiento más discutido y el que más ha afectado a la mayoría de las personas.

Ciertamente, que conservar limpio el amor es una cosa bastante difícil, sobre todo entre la juventud. El mundo que nos rodea, el ambiente que respiramos y las propias pasiones desbordadas, hacen que la lucha sea difícil. Por eso, siempre la conciencia cristiana ha buscado medios espirituales y normas de prudencia para conservar casto el cuerpo y limpia el alma.

Y no podemos negar que la piedad cristiana ha recurrido especialmente a María para salir triunfantes en las luchas del corazón. Confiarse a la Virgen María es entregar el corazón al mejor custodio.

Hoy lo vamos a ver con el caso gracioso de un muchacho italiano estupendo.

Lo que decimos va primero para los jóvenes, pero es asunto que concierne a todos. Porque todos estamos metidos en el campo de batalla cuando se trata de las luchas del amor.

Pero hablemos del muchacho que anima hoy nuestro mensaje. Se llamaba Bernardino, hijo de familia rica en Siena. Huérfano desde muy niño, quedó al cuidado de dos tías suyas. Siendo estudiante, una de las tías le martillea de continuo:

- *¡Cuidado! Que tus compañeros de universidad son unos perdidos. No te enredes en sus vicios tú también...*

- *¡A ti nada te importa de mí! Ten presente que estoy enamorado, y me moriría el día que me pasara sin ver a la que adoro.*

- *¡Adiós! —se dice asustada la tía—, ¡Llegué tarde! ¿Con quién se habrá enredado este mi sobrino, y con quién estará cuando se escapa tanto de casa?...*

Un día se decidió a seguir al rebelde Bernardino, sin que él lo notara. Por una calle, por otra calle..., hasta que al fin llega al lugar donde se veneraba una imagen de María. Bernardino se arrodilla, y se pasa un rato largo, largo, en conversación íntima con la Virgen. La tía se retira llorando de emoción.

Cuando el muchacho regresa a casa, la tía le dice con retintín:

- *¿Qué tal, cómo te ha ido con tu amorcito, que llegas tan tarde a casa?...*

- *Vieras, tía, que de lo más bien. No sabes cómo nos queremos...*

Y tanto le quería también la Virgen a Bernardino, que se lo llevó a la Orden Franciscana, de la que este Santo es una gloria insigne. Predicador infatigable del Nombre de Jesús y de las grandezas de María, llevó innumerables almas a Dios.

Este caso de Bernardino, un enamorado de la Virgen, y simpático por demás, nos lleva a mirar el amor a través de María. ¿Qué muchacho no ama a las mujeres? Y las mujeres, ¿con qué ojos no siguen a cualquier muchacho que les quiere brindar amor?... No digamos que eso no está bien y que no es lo más bello de la vida, porque eso sí que

sería querer corregir lastimosamente la plana a Dios, el cual ha hecho muy bien las cosas...

La pena es que eso tan hermoso y tan grande, como es el amor, está siendo hoy tristemente profanado. Nosotros, hombres como mujeres, no lo sabemos orientar bien. No sabemos aprovechar sus fuerzas enormes, sino que las desbaratamos con nuestra inexperiencia, nuestra debilidad o nuestro egoísmo.

Por eso, ante la desorientación moderna del amor, nos decimos: ¿no tendrá María algún papel que jugar en favor nuestro? Ciertamente, que sí. Dios nos la pone ante los ojos como el ideal más bello del amor.

En Ella se fija el niño, que aprende a ver en María a la Madre del Cielo, a una mamá aún más buena y más bonita que la que tiene en casa.

En Ella se fija el muchacho, que en cada chica joven, y más en su novia, está viendo a la Virgen y por la Virgen sabe respetar al amor que ha escogido para su vida.

En Ella se fija cada muchacha, que ve en María a la que fue novia de José, y se la propone como el ideal más bello de su propia vida joven.

En Ella nos miramos todos y todos nos acogemos a Ella, porque en la Virgen está bien resguardado y protegido nuestro amor.

Confiar el amor a María es entregarle a ella la llave del corazón. Podrán estar los ladrones al acecho, pistola en mano y a punto de disparar. Sin embargo, no hay miedo de que lleguen a asaltar la morada de ese corazón. Es una caja fuerte con más seguridad que la de cualquier banco...

Nuestro amor está siempre defendido por Aquella que es celosa de nuestro amor, porque lo quiere limpio en sus hijos, a fin de que sea digno de su primer Hijo, Jesús, del que dice la Biblia, con poesía inigualable, *que se apacienta entre azucenas...* (Cantar 2,16)

¿Qué hace quien se pasa algunos ratos a los pies de María? Como aquel muchacho tramposo en sus escapadas simpáticas, está afirmando que confía su amor a la Mujer que sabe guardarlo limpio mejor que nadie...